

las alturas. La tercera se puso en movimiento y se dejó ver sobre las cumbres de la altura; la artillería francesa la rechazó, pero una de nuestras brigadas se halló de repente envuelta y rota. Felizmente la division de Massena acababa de llegar al lugar de Rivoli donde descansaba de su marcha nocturna. Bonaparte corrió á buscarla, y en el espacio de media hora, la tercera columna austriaca tuvo igual suerte que la cuarta. La segunda, dispuesta por Alvinzi para el ataque de la izquierda de la altura, se adelantó con la esperanza de restablecer el combate. Quasdanowich, á la cabeza de la caballería y de la artillería, viendo á Joubert empeñado con su division delante de la posicion de San Marcos, juzgó el momento favorable para apoderarse de ella, y si hubiese logrado desplegarla, la victoria escapaba de manos de los Franceses. Mandó á tres batallones escalar las alturas donde está situada aquella capilla; otros dos los sostenian para facilitar el paso á la caballería y á la artillería. Al advertir este lance, Joubert destacó á toda prisa tres batallones que llegaron antes que el enemigo, y le arrollaron con una pérdida considerable en el fondo del valle.

La altura estaba defendida con vigor por quince cañones; las cargas audaces de los coroneles Leclerc y Lasalle acabaron la derrota del ejército de Alvinzi, á quien arrollaron en los barrancos. Siete mil prisioneros cayeron en nuestro poder, con doce cañones que habian seguido el movimiento de Quasdanowich. Todo lo restante de la columna así como la de Wukasowich, que no habian podido pasar, fueron testigos de la derrota de Alvinzi sin poderle socorrer. Entretanto Lusignan, siguiendo las órdenes de Alvinzi, aparecia con su columna intacta á las espaldas del ejército victorioso. No hay expresiones para describir el entusiasmo con que este ejército, cogido repentinamente por detras, se puso á exclamar: *¡Estos tambien caerán en nuestro poder!* Y en efecto, á pesar de todas las ventajas de la posicion, y contra todas las probabilidades de la guerra, la columna de Lusignan, cañoneada por una batería de la reserva, fue cometida valerosamente por la division de Massena, y cogida toda entera. Rivoli se ennobleció algunos años despues con el nombre de Massena. Bonaparte estuvo constantemente en medio de la accion, las doce ho-

ras que duró; tuvo varios caballos heridos, y corrió grandes peligros.

Mientras tanto, Provera con sus veinte mil hombres, esperaba llegar á Mántua, batir á los siete mil hombres de Serrurier y escapar de Bonaparte á quien creia ocupado en Rivoli; pero el ojo del águila no le perdía de vista. A las dos de la tarde, durante la batalla, Bonaparte supo por una carta de Augereau que Provera habia echado un puente en Anghuiari. Este aviso tan importante inspiró al general en gefe una resolución de ingenio. Dejó á Massena, á Murat y á Joubert, el encargo de perseguir á Alvinzi y tomó cuatro medias brigadas. Rivoli dista trece leguas de Mántua, y Provera tenia veinte y cuatro horas de anticipacion. Bonaparte hizo una marcha forzada, y llegó á Roverbella, mientras su contrario aparecia delante de San Jorge que esperaba sorprender y tomar facilmente. El fugitivo Provera estuvo para hacer perder á Bonaparte el fruto de la victoria de Rivoli por su reunion con Wurmser, quien hubiera tenido entonces cuarenta mil hombres bajo sus órdenes. Sabia que San Jorge, arrabal de Mántua, tenia una corta guarnicion y no te-

nia otra defensa que un foso. El valiente Miollis que mandaba en San Jorge con mil y quinientos hombres, estaba muy ageno de temer un ataque por el lado del Adige donde estaba Augereau, y solo le aguardaba por el lado de Mántua. Provera tenia por corredores á unos húsares, cuyas capas se parecian á las de los húsares franceses de Berchini. Ya llegaban á las barreras; el golpe de vista, y la inteligencia de un sargento de guardia salvaron á Miollis y á su guarnicion. Examinó con cuidado á aquellos húsares y notó que sus capas eran nuevas; las de Berchini que habian hecho la guerra eran viejas. Un gran general acaso no hubiese hecho esta observacion importante, que es peculiar del tacto del soldado. Entonces este sargento, cuyo nombre no puede por desgracia señalar la historia, ayudado por un tambor, dió el grito de alarma á la plaza y cerró la barrera. A las doce, el ejército de Provera cercó á San Jorge; pero Miollis, con sus mil y quinientos hombres, se defendió todo el dia y dió tiempo al general en gefe, que contaba con esta noble resistencia, para llegar á su socorro. Sin embargo, Provera pudo comunicar por medio de una barca con

Wurmser y concertar la reunion para el dia siguiente. En efecto, el 16 de enero al amanecer, Wurmser salió de Mántua y tomó posición en la Favorita.

Pero Bonaparte habia previsto esta disposición, y durante la noche habia puesto las brigadas de Rivoli, bajo las órdenes del general Victor entre San Jorge y la Favorita, para impedir la reunion de Wurmser y de Provera. Mandó atacar á Wurmser por Serrurier, y á Provera por Victor. *En esta batalla la 57ª ganó el nombre de TERRIBLE.* Nada la pudo resistir; desarrolló la línea austriaca. Wurmser fue rechazado dentro de Mántua, y el cuerpo entero de Provera depuso las armas; él mismo cayó prisionero por la segunda vez en esta campaña, y entregó la espada al general Miollis, cuyo valor preparó la victoria de la Favorita. En fin, la division de Augereau cogió en la Molinella la retaguardia de Provera, quedando solos dos mil hombres de su ejército, que estaban en el otro lado del Adige. El combate de la Favorita costó al Austria seis mil prisioneros, cañones y banderas.

El general en jefe recibió el mismo dia la noticia de las ventajas conseguidas la víspera

por Joubert. Alvinzi habia dejado cinco mil hombres en nuestro poder. Perseguido hasta Trento, experimentó pérdidas diarias, y tuvo que abandonar todas sus posiciones á los generales franceses. Joubert volvió á tomar á Lavisio; Augereau ocupó á Treviso, y Massena, dueño de Basano, puso sus avanzadas sobre el Piave. El enemigo se vió obligado á repasar aquel rio. Joubert se colocó en Trento y en el Tirol italiano. Veinte dias del mes de enero de 1797 costaron al Austria treinta y cinco mil hombres, entre ellos veinte y cinco mil prisioneros, mas de sesenta cañones y veinte y cuatro banderas, que el comandante de los guias, Bessieres, trajo á Paris.

La destruccion del ejército de Alvinzi dejaba á Mántua entregada á sus propios recursos. Serrurier apretaba su bloqueo y desde algunos meses la plaza no habia podido recibir nuevas provisiones. Los inmensos almacenes que contenia estaban agotados; la guarnicion habia comido todos sus caballos; los hospitales encerraban diez mil enfermos, y los soldados estaban reducidos á media racion. Bonaparte dió parte á Wurmser de los resultados de estos ocho dias de batalla, que habian

rechazado hácia la Alemania los restos del grande ejército austriaco. Intimó la rendicion al viejo mariscal. Wurmser contestó con entereza que tenia víveres para un año. Pero pocos dias despues despachó su primer edecan al general Serrurier en Roverbella. Bonaparte, que ya entonces gustaba de hacer sus negocios por sí, vino á la conferencia, y, sin descubrirse ni tomar parte ninguna en la discusion, se puso á escribir la contestacion al márgen de las proposiciones de Wurmser; y despues dijo al edecan: « Si Wurmser tuviese » por solos diez y ocho ó veinte dias de víve- » res, y tratase de rendirse, no mereceria nin- » guna capitulacion honrosa. Pero respeto » la edad, el valor y los infortunios del ma- » riscal. He aquí las condiciones que le ofrezco, » si abre las puertas mañana; si tarda quince » dias, un mes, dos meses, se las concederé » igualmente; puede, si lo quiere, aguardar » á que se haya consumido su último pedazo » de pan. Salgo al instante para pasar el Pó, » y marchó sobre Roma. Conoceis mis inten- » ciones, id á decirlas á vuestro general.» Atónito de tanta generosidad y penetrado de gratitud por las condiciones honrosas que Bona-

parte acababa de conceder, el edecan confesó que no habia en Mántua sino por tres dias de víveres y se marchó. Wurmser agradecido á la conducta del general frances, le hizo ofrecer el paso del Pó en Mántua; pero Bonaparte rehusó aprovecharse tan pronto de la situacion desgraciada de su enemigo.

El 2 de febrero de 1797, Wurmser entregó Mántua al general Serrurier. La magnanimidad de Bonaparte fue completa; quiso ahorrar al viejo mariscal el sentimiento de entregar su espada en manos de un capitán tan jóven, y no presenció la rendicion. Esta conducta admiró igualmente á la Europa, á la Francia y al Directorio. Semejante desinterés en la victoria, puso en un grado muy eminente de estimacion general, al que sabia contentarse con vencer, y que no admitia de la guerra sino el peligro. Bonaparte iba á conquistar la tierra que habia criado á los Cipiones.

